1. La distinción entre lo que *es* y lo que *parece* es central en la teoría del conocimiento de Platón, que desarrolla en el Fedón (74a-76a) y que se debe introducir con su visión de como accedemos al conocimiento. La propuesta de Sócrates es que no hay más conocimiento que el que ya tenemos aun sin haber nacido. Este solo lo hay que recordar y esclarecer porque ya se encuentra en nosotros, aunque no en todos de la misma forma y no cualquiera puede acceder. Un maestro solamente acompaña en ese proceso de reminiscencia. Dice Sócrates sobre los conocimientos: “después de haberlos adquirido antes de nacer … los perdimos, y luego, al utilizar nuestros sentidos respecto a esas mismas cosas, recuperamos los conocimientos que en un tiempo anterior ya teníamos” (Fedón 75e)

Así puede llegar Sócrates a proponer la distinción entre lo que es y lo que parece. “Utilizamos los sentidos” pero eso no lo hace de la misma forma una persona y luego otra. Sin embargo, en un sentido ontológico, existe algo constante a lo que los humanos se refieren a pesar las distinciones en cómo parece a los sentidos. Ese sentido ontológico se examina con relación al conocimiento perdido antes del nacimiento. Así, por ejemplo, una acción va a manifestarse y parecer justa a uno e injusta a otro, pero ambos van a estar a hablando de “la justicia.” Esto, para Sócrates, indica que debe existir un criterio externo y perfecto que no podemos comprender solo a través de la percepción de lo sensible. En su aspecto gnoseológico, se requiere un trabajo adicional y exhaustivo de recoger aquello de lo que solo hay atisbos en el alma para así aprehender, lo más claramente posible, ese ideal.

Ahora bien, esta distinción platónica es inválida. Las posiciones que desarrolla, por cierto, admirablemente razonadas y expuestas brillantemente, con el objetivo de menoscabar la posición sofista, no logran ese objetivo. Sócrates ha convencido a mucha gente de que el mundo es cómo él dice y simplemente sucede que Sócrates es la medida de todas las cosas. Pero así lo decimos para él y para quien lo sigue. Esto es lo que los sofistas proponemos. Su refutación al pensamiento sofista es que, si lo verdadero es solo lo que las personas consideran verdadero y si esa misma afirmación es considerada falsa por las personas entonces lo verdadero es que la visión sofista es falsa. Pero esta lógica no actúa como Sócrates piensa que lo hace, sino que solo reafirma nuestra posición. La visión sofista es falsa para Sócrates y sus seguidores exclusivamente, porque el hombre es la medida de las cosas y solo aquel que afirma, por eso no debilita las ideas sofistas lo cual no lleva a una contradicción o autorefutación. Y para demostrarlo aún mejor, podemos tomar justamente esta distinción entre lo que es y lo que parece.

Cabe realizar el simple ejercicio que los sofistas pregonamos, nuevamente: los oyentes de Sócrates claramente están confundidos sobre los presupuestos, pero aun si entienden sus palabras, las afirman gracias al poder retórico del orador. Sócrates se jacta de que quienes siguen su método son los “laboriosos e indagadores” (Menon, 81e). Esta es una afirmación es deshonesta. No hay mucha labor ni indagación en dejarse llevar por el pensamiento del eminente Sócrates que es, como se ha dicho, sumamente habilidoso con las palabras. Quiera Sócrates llamarlo como él quiera, lo que está haciendo es enseñar algo nuevo a sus oyentes; no están recordando nada. Mas aún, el propio Sócrates no puede conocerlo este mundo, lo que queda al no poder comunicarlo. Él también recae en sus propios supuestos y lo que le *parece* para afirmarlo, pero nunca lo que *es*, porque es imposible conocerlo más allá de los sentidos. Es que nadie puede apuntar con su dedo a eso que supuestamente *es*, en la concepción socrática. Por ende, solo se puede concluir que este mundo extrahumano, para el que las cosas *son,* no existe.

2. El cuerpo es indispensable en la concepción de la identidad de Hume. Esta concepción gira en torno a la capacidad corporal de percibir impresiones e ideas. Está claro en sus textos que no hay nada más a lo que pueda adscribirse una noción de *uno mismo*. Esta idea se extiende hasta la cualidad cambiante de los cuerpos por la cual uno puede cambiar en sus atributos, es decir, su altura, su voz, su pelo o su vestimenta, pero se no por eso uno deja de ser uno mismo. Sigue percibiendo en la misma medida y con la misma mente y se interpreta como antes. Cuando los cambios son progresivos y pausados, como el barco de Teseo, la identidad permanece. Es, además, necesario que exista una continuidad en la concepción de la identidad para poder vivir plenamente.

No lo es así en la concepción de Descartes. Descartes diría que uno no puede definir su identidad sobre las bases algo tan efímero y poco fiable como el cuerpo humano, sujeto a distorsiones constantes o imprecisiones. El cuerpo hasta puede ser manipulado por fuerzas externas sin que sepamos de aquello por lo que no es razonable depositar en él la seguridad de la identidad. El cuerpo es falible, demasiado para que nos entendamos a través de él, pero no lo es la certeza del pensamiento. Uno solo se asegura de los procesos mentales que atraviesa, más específicamente, de la duda. Por eso ver al cuerpo como albergue de la identidad personal es imposible.